



Buenaventura 2009 }



Diario de campo de Laura Silva Chica
Fotografías: Alen Felipe Castaño

Últimos días del mes de mayo. Una carretera, líneas amarillas... una tras otra, pintadas en el pavimento. La velocidad del bus y el paso del tiempo permitieron vislumbrar un fragmento de aquel discurso que algunas personas han llamado “progreso y desarrollo”. Hace tan solo unos años, el trayecto que unía a Cali con Buenaventura se apoderaba de aproximadamente 8 de las 24 horas que conforman nuestro día. Hoy nos toma sólo 2.

Abordamos el carro que nos llevaría a Llano Bajo, nuestro primer destino en campo y lugar donde nos enfrentamos por primera vez a la verdadera realidad de esta región. Los rostros eran diferentes y la música que emanaba de la vivienda localizada al frente de nuestro lugar de hospedaje y que invitaba al cuerpo a bailar, nos introdujeron de manera instantánea a lo propio del Pacífico colombiano: diversidad, tanto de la gente como de esa naturaleza.

Luego de registrar los momentos que marcaron el inicio de la salida de campo, acompañados de los encuentros en Zabaletas, San Marcos, Buenaventura y la vereda La Gloria, resultaba interesante establecer relaciones entre el paisaje físico visible, los pensamientos animados por los habitantes de la región y las movilizaciones sociales, algunas más silenciosas que otras.

“Pensar la región” es más que visitarla o verla por noticias. Esta expresión tan escuchada trasciende la capacidad explicativa de las palabras y pasa a ser, en gran parte, una visión configurada desde los símbolos y los significados; lo tradicional y lo reciente, las identidades, las actividades, lo real y lo imaginado, el mito y la razón, expresados en la corporeidad de quien lo experimenta. Estar “hospedados” en la que quizás era la única casa de Llano Bajo rodeada por una cerca de alambre que delimitaba lo que se conoce como “propiedad privada”, representaba en el momento lo que ocurría en mi cabeza. A pesar de que mi cuerpo compartía el territorio, en la mente éste se reflejaba más como una imagen digna de un soñador, que como algo tangible.

Recuerdo muchos rostros exponiendo lo que parecían ser perspectivas sobre los procesos regionales y globales implementados en la cotidianidad de cada hablante, aparentemente soportada por un conjunto de artículos presentes en la Constitución Política de nuestro país; luego, el discurso sobre la protección de la biodiversidad y la implementación de algunos planes de desarrollo que sirven de complemento al eje constitucional. No obstante, palabras como “ausencia”, “territorio” y “cultura autónoma”, sonaban de forma insistente en las conversaciones que tuvimos y planteaban, en su conjunto, la idea de que el silencio y algunas veces la fluidez de la conversación estaban marcadas por los discursos pre-existentes utilizados como excusas para mostrar interés en la región del Pacífico.

Entonces, no son las visiones producto de la identidad o de lo simbólico lo que está creando los movimientos sociales y sus direcciones en el camino. El PCN (Proceso de Comunidades Negras) está siendo construido por perspectivas desde el nivel personal, regional pero también internacional. A pesar de que aparentemente se han reunido los intereses de las comunidades, los conflictos y palabras que comparten los grupos que trabajan alrededor del proceso, evidencian que tal vez los caminos que se quieren recorrer no estén del todo pavimentados. Ya sean los conflictos generados desde las personas que lideran las ramas del proceso, o los ataques de la guerrilla, el paramilitarismo y su interacción con las fuerzas del Estado, se van conjugando otras fuerzas que llevan a cuestionar la existencia de la autonomía y la autoridad que les respalda la aclamada Constitución de 1991 y con ella la Ley 70 de 1993.

¿Qué hacer cuando parecieran existir tantas palabras que respaldan procesos sociales como el de las comunidades negras, pero cuando estas mismas los hacen impermeables ante otras cuestiones no precisamente ajenas al “ser” humano, cultural y político?

A mi modo de ver, son respuestas a este tipo de preguntas las que llevarían a forjar una idea de la magnitud de las dinámicas de los procesos sociales que se viven, no solo en la región del Pacífico, sino dentro del contexto nacional.

En general, son los discursos, las ideas, las representaciones y la interacción de todos estos factores, junto con la construcción de las identidades y la comprensión desde la experiencia misma de visitar el “territorio” lo que precisamente le da sentido a esa actividad de pensar la región. No solo los logros, los conflictos o las dinámicas, sino también las contradicciones y divergencias que devienen de la diversidad étnica y cultural tan promulgada en Colombia, pero tan poco interiorizada.

Este diario fue escrito durante la salida de campo realizada a Buenaventura en Mayo de 2009 en el marco de las actividades realizadas por el Laboratorio Etnográfico de la Universidad Icesi.

El Laboratorio busca propiciar un espacio de formación complementaria en el campo de la etnografía entendida como método, práctica corporal y como forma de representación. En un sentido más amplio, busca fortalecer la formación investigativa de los y las estudiantes del programa, a través de la experiencia del trabajo de campo como un proceso pedagógico determinante en la apropiación de la sensibilidad y la visión antropológicas.



Laura Silva Chica es estudiante de Antropología en la Universidad Icesi. El arte y la música se han convertido en elementos esenciales para el transcurrir de su vida. Hasta el momento ha cultivado pasiones como pasear por la ciudad, coleccionar piedras y contar lunares, entre otras cuestiones relacionadas con la existencia.

Alen Felipe Castaño es estudiante de Antropología de la Universidad Icesi y está comenzando a incursionar en el campo de la Antropología Visual.